

XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán, 2007.

Exilio ¿perder el equilibrio o impulso vital?.

Míguens, Silvia.

Cita:

Míguens, Silvia. (2007). *Exilio ¿perder el equilibrio o impulso vital?. XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-108/763>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

XI JORNADAS INTERESCUELAS/DEPARTAMENTOS DE HISTORIA. Tucumán,
19-22 de Septiembre de 2007.

Mesa Temática Abierta: n° 83 **Historia y Memoria de los exilios latinoamericanos y españoles en el siglo XX**

Autor/res-as: MÍGUENS, Silvia

Universidad, Facultad y Dependencia:

CARGO DOCENTE: escritora

DIRECCIÓN: 600 S.

MÍGUENS, Silvia

DIRECCIÓN: Dr. Melo 3880 - Remedios de Escalada, Buenos Aires

TELÉFONO: 4 241 9214

celular: 15 5799 2792

E MAIL : silviamiguens@yahoo.com

TÍTULO: Exilio ¿perder el equilibrio o impulso vital?

Exilio ¿perder el equilibrio o impulso vital?

*¡Comaradas de las Brigadas Internacionales!
Razones políticas, razones de Estado, la sustentación de la misma causa
por la que ofrecisteis vuestra sangre con tan incomparable solidaridad,
obligan ahora a volver a alguno de vosotros a vuestra patria,
y a otros a un exilio forzoso... (La Pasionaria)*

“...Podéis marchar orgullosos. Vosotros sois la Historia. Vosotros sois la leyenda, concluyó Dolores Ibarruri, La Pasionaria, arengando a sus compañeros. Muy pocas razones quedan después de esas palabras encendidas, como para analizar los motivos y las consecuencias de aquella gesta y tantas otras posteriores. Por lo tanto, si bien el tema propuesto es el cruce entre el exilio latinoamericano y español en las décadas del 30 y del 70, provocado por respectivos autoritarismos o terrorismos de Estado, decidí acotar este sencillo trabajo a jugar con otras consideraciones en apariencia más alejadas aunque nada menores, como ese espíritu de desarraigo al que hemos sido

sometidos los latinoamericanos desde la conquista o desde épocas muy anteriores a ser “descubiertos” por aquellos que se arrogaron el derecho de autodefinirse “los descubridores”...

Desarraigo, el que heredamos, con el que ya cargaban esos exploradores y las pocas mujeres que los acompañaban. Gentes que provenían de distintos ámbitos y por motivos no siempre ‘tan santos’, trasladándose en unos barquitos que desde la infancia ocupan nuestra memoria como unas mitades de cáscara de nuez rellenas con miga de pan y velamen de papel. Con esa representación hemos crecido muchos de nosotros y de esa fragilidad histórica descendemos, de esos barcos y de aquellos “nómades que cita Marx en aquel pasaje de bravura tomado del *18 Brumario de Luis Bonaparte*: ‘libertinos arruinados, corruptos de la burguesía, pícaros, charlatanes (...) chulos, propietarios de casas públicas, escritorzuelos, organilleros, ropavejeros, mendigos, en suma, toda esa masa confusa, descompuesta, flotante que los franceses llaman bohemia” de *El nomadismo*, Michel Maffesoli.

No cabe duda, que por lo menos esa parte de nuestros ancestros navegaban un poco al muere. Tal vez no en todos los casos pero sí en muchos el motivo del viaje, bajo el pretexto de algún castigo, era cumplir el sueño de unos pocos locos y arrogantes que en el mejor de los casos comandaban los barcos y en otros, habían pergeñado la “gran gesta” desde sus mesas de trabajo, *brandy* de por medio y al calor del hogar. Metodología bastante común a los poderosos de turno a lo largo de la historia y que no nos resultará muy difícil de visualizar.

Sea como fuere lo cierto es que cuando bajaron de los barcos y fueron sorprendidos con un continente, nuevo para ellos y bien usado para nosotros, esas gentes provenían de las represiones de su tiempo y fueron lanzados al mar rumbo a tierras más inciertas que lejanas, tal vez ni siquiera bajo el “estigma” del destierro o el exilio; si por algún albur del destino descubrían alguna cosa, un nuevo camino a las Indias o tierras inexploradas, mucho mejor. Si no lo hubiera sido, tanto peor. De todos modos la suerte estaba echada para ellos ¿en aras de la ley, en aras del futuro, en aras de mejores negocios? Qué más daba por aquellos días. Qué más le da, siempre, a los que mandan.

Si solo por un rato pudiéramos ver la conquista y posterior colonización, con estos ojos y consecuencias nos enfrentaríamos, tal vez, a otras posibilidades históricas. Pero que quede claro, que con esto no quiero abrir polémica, en primer lugar porque no soy historiadora, y en segundo, porque no cabe duda que ninguna situación de conquista o colonización admite justificativo, no importa que armas o circunstancias se esgriman para llevarla a cabo. Ningún miramiento es válido ni correcto a la hora de arrogarse el derecho y los beneficios de apropiarse de tierras ya habitadas con el pretexto o delirio de ‘colonizar’, ‘civilizar’, ‘educar’.

Solo busco jugar un poco con la idea de que aquellos “adelantados”, junto a los hombres y mujeres forzados a acompañarlos, eran todos producto del exilio y el destierro, descendían de otras conquistas. De sus propios desarraigos históricos. Se me ocurrió observar bajo esa lente el tema que nos convoca, teniendo en cuenta el exilio o la expatriación, las grandes gestas, como un sentimiento arraigado en nosotros a modo de mandato, o legado. Como un estigma o una marca de nacimiento cargamos con ese irreductible devenir del ‘Ser-Parias o Nómadas’ desde las entrañas mismas de nuestro

ser. Se dice que los argentinos descendemos de los barcos pero en realidad, de aquellas pequeñas cascaras navegando en mares de papel; pero insisto y sin teorizar en que los argentinos descendemos de varias generaciones de vagabundos y errantes, de parias que en el mejor de los casos fueron lanzados al mar en busca de la tierra prometida y mejores condiciones de vida, algunos porque otros solo fueron lanzados a la deriva y a su suerte.

De esa constante histórica venimos, de ese origen incierto y añorado. Extremadamente lejano a nuestro entorno es ese terruño remoto con el que siempre soñamos, esperando e intentando no tanto poder viajar sino poder volver. Una tierra natal que por pertenecer a nuestros ancestros creemos que nos pertenece y siempre está ahí quieta y acogedora, esperando por nosotros en algún lugar de cualquier exilio, forzado o elegido, como una salida posible que suponemos más acorde a nuestras necesidades e identidad. Un sitio más amable donde solo regresar como quien vuelve a la casita de los viejos, de los abuelos en realidad, vencidos o no. Y es la nostalgia por ese sitio, o por otro lugar cualquiera, lo que deviene en un presente trashumante que nos lanza a una vida por la que vamos siempre errando. O errando siempre.

No cabe duda que la actividad genésica de “aquellos sementales sueltos y en completa libertad” no solo se contentó con la reproducción, según refiere Michel Maffesoli de los conquistadores, sin que esos genes a lo largo de varias generaciones nos imprimaron de un intenso vitalismo, un irreductible deseo de aventura y todo lo que ese espíritu errante y aventurero conlleva: añoranza y melancolía, nostalgia y la permanente sensación de no pertenecer a ninguna parte. Sin embargo, mal que nos pese, aquella migración y esas errancias también dieron lugar al crisol de un

imaginario social e inconsciente colectivo, basado en una gran transgresión de identidades y códigos, que nos ha marcado a fuego porque: “Lo anómico de un momento favorece lo canónico del mañana (*Michel Maffesoli*)”.

La historia se nos muestra según el cristal a través del cual decidimos mirarla. Si eligiéramos un *aleph* o un prisma, como Borges nos sugiere o invita a mirar, podríamos reconocer muchas otras circunstancias, porque las percepciones de la realidad, y del pasado, son infinitas. Sin embargo, esa vida errante, que heredamos desde hace siglos, “se encuentra entre esas nociones que, además de su aspecto fundador de todo conjunto social –insiste Maffesoli-, traduce convenientemente la pluralidad de la persona (...) Expresa también la revuelta, violenta y discreta contra el orden establecido y da una buena clave para comprender el estado de rebelión latente en las jóvenes generaciones...”

Y es verdad, que también heredamos esa rebelión latente y no siempre conjurada. Tal vez como consecuencia de estas reflexiones, y muchas otras que demandarían una larga investigación e infinitas lecturas, encuentro cierta bonanza en el exilio, porque aun bajo la figura de exilio o destierro es un nomadismo a ultranza, un modo de resistencia. En cambio, me despierta infinito dolor e impotencia el recuerdo de aquellos otros que ni siquiera tuvieron posibilidad ni derecho al exilio, los tantos que desaparecieron y expiraron su último grito, su definitivo aliento, entre nosotros, ahí a pasos nuestros sin que hiciéramos o no pudiéramos hacer nada; los que fueron echados a la mar pero en los vuelos de la muerte. Aunque también es verdad que esa desaparición podría verse de otra manera si pudiéramos considerarlo con las palabras

de la madre del exsacerdote y combatiente colombiano, Camilo Torres Restrepo: “Mi hijo Camilo nació cuando lo mataron”.

Tampoco, puedo dejar fuera de esta mi simple lectura de la situación, a los que llevaron, a mi entender la peor parte, aquellos que se autoexiliaron en el anonimato, aquellos otros que fueron coptados por los sucesivos gobiernos y, los nuevos coptados hoy, los desafiados, los marginados, los desplazados dentro del país de origen y considerados extranjeros por sus propios hermanos, nosotros mismos, flagelo que se reitera e incrementa día a día en el mundo, claro, pero hablamos hoy de latinoamericanos: los desplazados. Circunstancia que refuerza o retroalimenta más aun esto del Ser-Parias, porque ser considerado “desplazado” es otra modalidad del exilio o del destierro sin salida, situación impuesta por los gobernantes de turno con guerras ya ni siquiera subliminales e igual de sucias. Millones de niños, hombres y mujeres migrando en círculos como si éste fuera su solo destino, sin otro futuro que el deambular forzado, sin más horizonte que ese desplazamiento.

Tuve la experiencia de vivir fuera del país cuatro o cinco años en Bogotá. Aunque según del costado que se lo mire, no fue un exilio por razones políticas sino, por decirlo de algún ‘modo-feliz’ fue un destierro y desarraigo por amor. Ahora, a cuatro años de distancia de aquel amor fallido y posterior retorno a la casita de los viejos, noto que esa sensación de estar ‘fuera de sitio’ de añorar otro lugar siempre también es una constante en mi y tiene que ver, para empezar, con aquello de Herman Melville: “de todos modos no me siento a gusto en ningún lugar”. Por eso ésta inquietud. La explicación, tal vez, es aquel desarraigo lejano imposible de establecer y recordar, heredado a través de varias generaciones, algo fundacional. Ancestral. Quién sabe con

qué destierros ancestrales llegaron mi abuelo gallego y mi abuela andaluza, o los otros, los bisabuelos vascos, a la Santa María de los Buenos Aires. Cómo saberlo, pero lo cierto es que el hambre y la desesperanza eran a causa del maltrato que la sociedad de clases había provocado en ellos.

A partir de esta inquietud personal, la de mis abuelos y la vivida en persona, empecé a considerar que esto de ser ‘aves migratorias’ nos viene también de mucho más allá de las situaciones económicas inmediatas muchas veces adversas, y de las políticas siempre adversas, y nos provoca a ir a la búsqueda de la tierra prometida, ese otro lugar del mundo al que creemos pertenecer y que, en definitiva y de algún modo no es sino otro de esos ‘no-lugares’ a los que refiere Marc Auge. A mi entender el exilio y el autoexilio son otra forma de ‘no-lugar’ hacia el que vamos o del que acabamos de llegar pero para volver a intentar. Sé que puede parecer poco profesional hablar desde la propia experiencia, mucho más si el exilio, o ese corto destierro, en mi caso no fue por los motivos políticos que nos convocan. Por lo menos en apariencia. Les ruego sepan disculpar la digresión. Es que uno habla desde donde mejor le sale y eso es sin duda desde donde más duele, desde la memoria y la propia percepción de la realidad. Por otro lado, repito, qué movida individual o colectiva, cuál errancia no es finalmente resultado de una cuestión política, aun si la negamos, o que deviene una cuestión política, aun si la negamos.

De todos modos, para que no parezca algo solo personal, quisiera mencionar algunos casos dentro de la historia política de las mujeres que me provocaron estas inquietudes y mis trabajos. Flora Tristan la primera. Una paria, una desterrada o exiliada por excelencia dentro de la historia política de las mujeres. “Flora pertenecía a esa raza de

gentes americanas que son así: medio locas, libertadoras, geniales. Era extranjera en el barrio. *German Arciniegas*". De ella y de sus "Peregrinaciones de una Paria", me surgió la curiosidad por esto del Ser-paria, de ser hijos de la madre paria, como escuché decir por ahí. Circunstancia que Flora consideraba una condición más afín a las mujeres, especialmente a las mujeres escritoras y a la mujer obrera a quien considera como a ella misma, una paria social. En la "Unión Obrera", escrita por ella 1843, Flora, exhorta a los obreros a que incluyan en la lucha por sus conquistas sociales, los derechos de su par: la mujer obrera. "A vosotros, obreros, que sois las víctimas de la desigualdad de hecho y de la injusticia -les dice-, a vosotros os toca establecer al fin sobre la Tierra el reino de la justicia y la igualdad absoluta entre la mujer y el hombre..." El manifiesto fue parte de la conclusión de su etapa de expatriada por motivos aparentemente no políticos, cuando regresaba de un viaje realizado desde París a Perú, atravesando el Atlántico, el canal de Beagle y parte del Pacífico, en busca del reconocimiento de su familia paterna, los Tristán y Moscoso, no solo en el intento de encontrar sus raíces sino de que le fuese otorgada su parte de la herencia paterna. Pero la familia consideró que no era suficiente con esgrimir la prueba del matrimonio 'solo religioso' de sus padres para acceder a la herencia. Como una nómada, regresa a París a trabajar de nuevo como obrera, aunque también decide trabajar en sus escritos y retoma la lucha por su divorcio. Flora, había trabajado desde muy niña en el taller de André Chazal, un linotipista con el que su madre la obligó a casarse. Con él tuvo 3 hijos, pero Chazal la golpeaba y ella terminó por escaparse, primero del 'hogar marital' y luego a Perú. Un día Chazal la encontró en la calle y le disparó un tiro. Solo entonces fue preso por malos tratos. Durante la convalecencia en el hospital Flora escribe, y vuelve a la carga con sus abogados por el divorcio. Le conceden la separación de bienes y la tenencia de sus hijos. En realidad, en Francia, el

divorcio existía en épocas anteriores pero fue abolido por el código napoleónico pero aquella ley tampoco había beneficiado a las mujeres. En cuanto a Flora la pobreza y la falta de trabajo la obligaron a irse de nuevo, esta vez a Londres como institutriz, y es ahí donde ese Ser-Paria, del que ella misma hace alarde, toma carácter de exilio, no solo por cuestiones económicas sino por falta de seguridad y abandono de persona de parte de la ley, o sea al fin y al cabo: un exilio político. Con el tiempo regresa a Francia, convencida de que su lucha debe ser más generosa que la de sus derechos, la supervivencia de sus hijos y la escritura. Se lanza entonces a militar en el socialismo y lleva a cabo el Tour de París por fábricas y talleres en los que arenga y educa a los obreros y obreras. Termina, eso sí, tomando definitivamente como arma la escritura, que según ella es su mayor condición de 'Paria'. Escribe no solo la *Unión Obrera*, sino *Peregrinaciones de una Paria*, en las que relata la esclavitud de las mujeres y el maltrato doméstico en los países del Sur de América. Esa también mísera condición de la mujer en Francia, lo habían padecido con creces ella misma, su madre y su hija Alina. Así lo contó, minuciosamente y echándose no pocos enemigos encima.

Aunque la historia de Flora es la de una francoperuana durante las primeras décadas del siglo XIX, no es muy diferente a la de las mujeres de todas las época por lo tanto creo que es un buen testimonio. Algo similar a lo que sucede con Manuela Sáenz, deambulando entre Ecuador, Colombia, Bolivia y Venezuela, casi la par de Flora Tristán; o Juana Paula Manso, entre Argentina, Uruguay, Brasil y Cuba; o más adelante María Cano, por todo Colombia; o Tina Modotti italomexicana y brigadista en España; o Tamara Bunke entre Argentina, Cuba, Bolivia y el Congo, más conocida como Tania paria a la par otro nómade Ernesto 'Che' Guevara; o Fanny Edelman "La Pasionaria Argentina", también brigadista; o Alicia Eguren militante durante la guerra

sucia, asesinada y arrojada al Río de la Plata, en uno de los primeros y tantos vuelos de la muerte, y como ella tantas otras parias en Argentina, América y el mundo si pudiéramos rastrear sus pasos y lo que ellas buscaban a lo largo de la historia política de las mujeres y sus exilios.

Pero volviendo al comienzo, me pregunto si todo esto será al fin causa o consecuencia y me provoca a pensar en 'el exilio' como el probable resultado o la conclusión preanunciada del nomadismo, de aquel nomadismo primero. No solo para escapar de la realidad histórica o política sino porque ya veníamos tras algún ideal: el camino. Ninguna duda cabe que aun si pudiéramos rastrear en nuestros ancestros solo pueblos originarios, venimos de mucho más lejos que el país de la infancia que arrastramos con nosotros. Hemos sido desde siempre de muchos lugares. Sé que probablemente me he metido en camisa de once varas y veré como logro salir de ella. En todo caso quisiera dejar en claro que intento solo un espacio más de reflexión y debate, nunca de teorización.

En una época fueron los descubrimientos, luego las conquistas, los deseos de sentirnos diferentes o superiores, los unos de los otros y por eso, al mismo tiempo, vamos detrás de todo aquello que nos hablaba de igualdad y con esos ideales de igualdad no hacemos más que remarcar las diferencias enarbolando ideas, las nuevas y las viejas, que nos llevaron y nos llevan a las sucesivas revoluciones que nos han ido devorando e igualando de a poco, porque dicen que toda revolución se devora a sus protagonistas, aunque tal vez cada revolución no es sino algún otro manotón que damos cuando nos estamos ahogando y una vez aferrados a nuestra tabla ya nos creemos a salvo hasta la vez próxima. Lo cierto es que en esa búsqueda, si no hemos sido devorados por la

revuelta por lo menos fuimos, somos y seremos echados con nuestra pequeña historia a otra parte, lejos, cerca o dentro de nuestro terruño y una vez más, igual que nuestros ancestros, un poco fuera y al muere en cumplimiento del sueño de algunos locos autoritarios que aun comandan las naves y provienen de otras represiones y de tierras más inciertas que lejanas.

Si hasta el enemigo se disfraza y se nos muestra cada día con nuevas propuestas o represalias. Hoy la sedentarización, la aquietización a que nos somete la colonización cultural nos ajena o aleja de nuestro país de la infancia, nos enajena en realidad, desculturizándonos o reculturizándonos, como más nos guste definir, nos neutraliza culturalmente, nos sedentariza, repito, y ésta parece ser la mayor y más moderna de las armas que enarbolan los poderosos. Me conmueven esas dominaciones sutiles, menos tangibles en apariencia. Este proceso de neutralización cultural que nos llega con la televisión por cable y el Internet, y la prensa que es prácticamente una sola gran empresa en estos gobiernos que supimos conseguir, todo ello nos induce a ‘la aventura y el afuera’ pero desde la propia casa, nos lleva a vivir cierto modo de exilio o autoexilio, con un nomadismo de entre casa. Nos permite jugar a que estamos cada vez más cerca de ese afuera lejano y añorado. Hoy los poderosos de turno, no importa desde donde o con cuáles de sus ideologías como bandera, nos incitan al sedentarismo, al autoexilio, al consumo y la apropiación de todo lo que sin salir de nuestros escasos metros cuadrados concedidos, nos permiten vivir como afuera, como lejos, como en otra parte pero adentro. Hoy reina el apogeo de la uniformidad y de la vigilancia. Y este tipo de destierro que nos imponen parece más llevadero aun que el desplazamiento al que someten a otros, pero harto peor al fin.

Nuevos propósitos mueven hoy a los poderosos, ya no les interesa que nos vayamos lejos. A menos que aceptemos desplazarnos en círculos. Saben que no pueden controlarnos en el destierro ni en el exilio, ni siquiera pueden ejercer control sobre los desaparecidos. Es así como vienen dispuestos a sedentarizarnos, aquietarnos, tipificarnos, paralizarnos, y así, quietificados, terminamos recluyéndonos sometidos al modelo que pretenden de nosotros. Ni siquiera nos obligan solo nos persuaden con la exaltación del miedo y la seguridad que nos darán, con todo aquel confort que nos permite trabajar en casa, descansar en casa, divertirnos en casa, amar en casa aunque estemos solos frente a cualquiera de las pantallas que nos ofrecen. Recluirnos, seducirnos frente al televisor o la computadora es un modo de controlarnos, de inculcarnos su modelo de sociedad, sus políticas, los valores que son de su utilidad. O paralizarnos con una pobreza que parece no tener salida.

Así las cosas una vez más, el nomadismo, el ser errante, recuperar el ave migratoria que felizmente heredamos y aun guardamos dentro, sumándonos los unos a los otros pasa a ser un arma letal para cualquier gobiernos. Los errantes, los que no reconocemos fronteras somos peligrosos. La migración es una afrenta a sus valores de quietificación, de su masificación. En realidad, aunque haciendo alarde de otros medios, nunca fue de otro modo porque solo sedentarizando al otro se lo domina. Desde el exilio, o aun desaparecidos, los nómades siguen en la lucha, ofrecen batalla un frente inconmensurable. Siguen siendo amenazante para una sociedad *'enfermada'* por sus gobernantes. “Podéis marchar orgullosos. Vosotros sois la Historia. Vosotros sois la leyenda”, arengaba La Pasionaria Ibarri incitándolos a seguir marchando aun cuando habían perdido la guerra y desde el exilio.

Casi para cerrar, entonces, vuelvo a las memoria de algunas de esas parias en la historia. Y hablando de ‘pasionarias’, quisiera rendir mi pequeño homenaje a Fanny Edelman, a quien hoy llaman La Pasionaria Argentina que desde Socorro Rojo asistía a los presos políticos y sociales, y es militante del PC, y feminista, desde 1934. Aun hoy, habiendo cumplido los 90, Fanny no cesa en ninguna de sus militancias. En su libro *Feminismo y Marxismo*, ella misma rinde homenaje a varias de esas pares suyas, las otras nómades: “Dolores Ibaruri, la Pasionaria. Superó las fronteras de su España natal para convertirse en un símbolo de la lucha de los pueblos contra el neofascismo. Su sola presencia convocaba a la acción y movilizaba a todo un pueblo sediento de libertad y bienestar. Jamás olvidaré su poderoso influjo, su pasión revolucionaria, su voz, el poder de su palabra. Pasionaria fue una figura indiscutida de la clase obrera y del pueblo español (...) La pasión combatiente de Dolores fue el signo distintivo de su vida. Perdida la guerra, desde el exilio, continuó dirigiendo la lucha de su clase y de su pueblo contra la dictadura franquista, por la recuperación de la España democrática y popular. Una personalidad atrapante cuyo ‘¡No pasarán! Es mejor morir de pie que vivir de rodillas’, fue la voz de combate.” Y recordando a otra de sus valientes compañeras de lucha Fanny continúa: “Allí también, en esa España en llamas, trabajé en el Socorro Rojo Internacional junto a una mujer excepcional, Tina Modotti, para mí, María. Fue no solo una compañera sino una hermana. Atesoraba un corazón inmenso. Su exterior frágil guardaba una enorme fuerza interior, desbordante de generosidad, de comprensión. Tina entregó su vida a la Revolución. Su arte fotográfico dejó un testimonio elocuente (...).”

Como podemos ver ni las distancias ni los exilios pudieron con estas mujeres errantes para quienes las fronteras no eran, no son, sino una artimaña de los poderosos para

dominarlas, encerrar a ellas, a sus hombres y a sus hijos. Dolores Ibarruri decía que “la solidaridad tiene cara de mujer” y André Malraux que también hizo parte de las Brigadas Rojas Internacionales, por su lado consideraba que: “El único paliativo para los golpes duros de la vida –y el más duro la muerte- es la conciencia de solidaridad”. Quién mejor que las mujeres entonces con su condición de parias, de nómadas solidarias, resistiendo nunca quietas caminando por el mundo o en círculos alrededor de una plaza, o aunque más no sea en el papel.

Para terminar estas desordenadas ideas, quisiera recordar una vez más a Flora Tristán porque ella incitaba a las mujeres a escribir su historia no importa que tan politizada o intensa fuera pero siempre debían dejar testimonio de lo vivido y su entorno. Concepto al que también aludía otra paria, otra exiliada más lejana aun en el tiempo, Christine de Pizan, quien allá por el 1400, sostenía que la historia sería muy distinta si las mujeres se hubieran ocupado en contarla; Christine también sabía de errancias y de exilios, nacida en Venecia fue llevada a Francia por sus padres y casi en la adolescencia, luego de una vida de comodidades y educación exquisita en la corte francesa quedó huérfana y poco más tarde viuda, para ganarse y mantener a sus hijos la vida decidió escribir y pintar miniaturas con lo que además de la supervivencia, se ocupó bien de dar testimonio de su entorno. Finalmente terminó recluyéndose con su hija, en un convento pero nunca se quedó quieta, allí rememoró, recreó y escribió la historia de otra grande entre las parias: Juana de Arco.

Hago referencia a todas estas mujeres, retomando justamente el concepto ‘la escritura’ como una paíís, como destino final, como exilio, como un lugar protegido al que añoramos estar llegando y podemos volver cada día. Y esas metáforas surgidas de ese

otro país del exilio son, tal vez, un pedido de auxilio del sobreviviente, su último grito o el primero del recién nacido en el exilio. Y sobre el caso leemos a Helene Cixous que nos aconseja: “¡Suéltate! ¡Suelta todo! ¡Pierde todo! Toma aire. Hazte mar adentro. Hazte de la letra. Todo está para buscarlo. Anda, vuela, nada salta, corre, cruza, ama lo desconocido, ama lo incierto. Sal. Sal de tu viejo cuerpo, líbrate de la ley. Déjala caer con todo su peso, y tú, corre, no mires atrás: no vale la pena, detrás de ti no hay nada, todo esta por llegar.”

Por todo lo dicho y concluyendo, quisiera destacar el exilio, cualquier exilio todo tipo de destierro, como un territorio en sí mismo. Habernos echarnos al exilio ha sido, y es, darnos la facultad del Ser, es verdad que en otra parte, sí., pero poder ser al fin quienes temíamos ser, quienes no podíamos ser. Es darnos cabida en otro lugar, otro territorio, dentro o fuera del que nos vio nacer, desde donde observar una realidad otra. El exilio, según se mire, es una condena o un privilegio; es la posibilidad de alejarnos del sitio del dolor más profundo donde el pensar se convirtió en peligro, alejarnos de ese lugar del dolor donde hacemos parte de una omisión general gestada por unos pocos y que atañe a todo un pueblo sumido en el miedo o en la indiferencia, a las leyes de un Estado común a todos: la soledad.

Una vez fuera de lo cotidiano, una vez corridos de nuestro sitio: del lugar de ‘con los pies en la tierra’, el de los ‘pensamientos convenientes’ o ‘políticamente correctos’ somos, de una vez y para siempre, exiliados, expatriados, nómadas, sin tierra, sin patria y esto nos permite una vez más tomar el timón de éste nuestro viaje que es lo contrario a la muerte, y eso creo que es justamente lo que han hecho nuestros antepasados, los más lejanos y estos menos lejanos de las décadas que hoy nos convocan, permitiéndonos retomar, apropiarnos de esa vida errante que “...en una especie de materialismo místico, nos recuerda la transitoriedad de todo –dice Michel

Maffesoli - ¿Acaso ser inquieto o perder el equilibrio no es, al fin de cuentas lo característico de todo impulso vital?” **Silvia Miguens**

Bibliografía:

El Nomadismo, Vagabundeos Iniciáticos –Michel Maffesoli, Fondo de Cultura Económica México (2004)

Feminismo y marxismo -Fanny Edelman, Claudia Corol, Buenos Aires (2001)

Peregrinaciones de una Paria -Flora Tristan, Villegas Editores, Colombia (2003)

Feminismo y Utopía-Flora Tristán, Editorial Fontamara, España (1993)

La llegada a la escritura – Hélène Cixous, Amorrortu, Argentina (2006)